

JAIME SILES

ELEGÍA Y ANÁLISIS A 33 REVOLUCIONES POR MINUTO

A JAIME GIL DE BIEDMA

(CARA A)

Algo, algo
que gira entre las márgenes del tango
me hace pensar, sentir la rotación
de las horas, los días y los años
que la aguja del tiempo en sus meandros
deja en el *baffle* fiel del corazón.
Como lejanos huéspedes extraños
oigo llegar, en ecos supitaños,
el *back-pay* postal de su canción—
verdín de bronce, musgo de castaños,
opalescentes ríos, cielos blandos
que la memoria fija en la emoción
de aquel que fuimos y de los estaños
que la ceniza añade a los engaños
del *trompe-l'oeil* de la imaginación
en una interacción de dos binarios
ejes correlativos, solidarios
con su sistema de representación.
De manera que dos abecedarios
—dos esferas distintas, dos horarios—
simultáneos anotan la ficción
del poema que, con su solitario,
construye su persona en el herbario
de la lengua, como una sucesión
de imágenes, en la que el secundario
eje se convirtiera en el primario
y el primario en su suplantación.
Como dos capitanes de corsarios
que mandaran taimados emisarios
a capturar su viejo galeón
y recibieran, entre fuegos varios,
todos los proyectiles incendiarios
desde una misma y doble dirección
sin que las jarcias de los misionarios,
tras navegar todos los estuarios,

llegaran a encontrar al galeón,
sino los restos sólo de sextarios,
de velas y de balas y de varios
aguajes de la estela del timón.
Así también hay en los diccionarios
un compendio de términos viarios
para llegar al modo de expresión.
Pero fundar el yo sobre los daños
del otro yo vivido son engaños
de la persona — poema, sensación
del lenguaje que dice que Cipango
es lo mismo que dicen que es Japón.
Yo quisiera anular el yo de ambos,
herirlos, destruirlos, enterrarlos,
si ese disco que suena y ese tango
de las horas, los días y los años
no me hiriera, al girar en sus meandros,
con su aguja también el corazón.
Por eso digo que, en ese tango,
como lejanos huéspedes extraños,
verdín de bronce, musgo de castaños
me hacen sentir, *vivir* la vibración
de un yo que vuelve tras de muchos baños
para secarse al sol sus desengaños
en el poema — yo de su ficción.
La inteligencia quiere, en el binario
eje de su sistema carcelario,
renunciar a su convicta contención:
que suenen mares y que los corsarios,
capitanes de los abecedarios,
recuperen su viejo galeón,
mientras la lenta música del tango
—que dice que Japón sí es Cipango—
me hiere con su aguja el corazón.

(CARA B)

El paso de los años deja brillos,
fulguraciones ígneas de metal,
en los contornos de los amarillos
ojos con que miramos un cristal
que, por su transparencia, ha diluido
aquel que era en otro yo que está,
como la imagen misma de lo sido,
en la metáfora, no en la identidad—
que iguala montes, unifica ríos,
planos y líneas dentro del disfraz;
que el sol detiene, pero no sus rayos;
que el mar contiene, pero no su sal;
que finge hojas, pero no los tallos;
que traza trazos sin formar el haz
de la materia y de la memoria,
sino el sistema nemo - nominal
que hace a los somas de los soles sidos
tener los semas de una luz de gas.
Como un flacre que, entre sus ruedas,
sintiera el vértigo del animal
unir los radios, recorrer las huellas
con cascabeles

de la velocidad.

Como la efigie de las monedas
en curso, este discurso —río y caudal—
recorre el cauce hasta el vacío
en un sentido direccional
inverso al cieno de aquel bajo:
va a su principio, no a su final.
Runas en ramas de líquidos pinos,
distancias rayadas, ecuación total
de aquello que somos y aquello que fuimos
en los remolinos de la boreal
aurora que ríe en los torbellinos
fúlgidos de sonos por la vegetal
vidriera que rima rojos resplandores,
numínicos nombres, polvo sideral—
en las paradas de las estaciones
el pasado cobra —¿cobra?— toda su unidad
cuando navegamos por mares de bruma,
con viento contrario y la tempestad
azota las flancos, golpea la quilla,
descofia las gavias, rompe el cuadernal
y tiembla el codaste y vemos la hebilla
que cierra en su broche la noche final
a que hemos llegado, miniados de bronce,
con la voz marchita, llena de alquitrán.

Como dos corsarios, presos, que dijeran
Tololocoluma, Qimpapatupal
a los dos canibales que se los devoran
en los dos horas de un mismo tam - tam.
Con el rumbo puesto al pie del idioma
escribo estos versos que piden piedad
a las néveas nubes de rosados brillos
en los contornos

de los amarillos

ojos con que miramos un cristal
que, por su transparencia, ha diluido
el paso de los años y los brillos
en los insomnes signos de la edad.
Saber que, como todos, nos morimos,
saber que somos comas nada más,
saber que los semas —ya lo vimos—
ponen sobre los somas luz de gas,
es la transparencia dura que vivimos
quienes nos empeñamos y quisimos
hablar deliberadamente impersonal
en un lenguaje que dijera "Míos
son los montes, los campos y los ríos,
Prohibido el paso, No cazar,
la intimidad de los escalofríos
no constituye en sí los objetivos
del poema infinitesimal:
el poema consiste en los desvíos
que una bala describe en los vacíos
ángulos

de trayectoria sin final;

es un error de cálculo de tiro
pensar que la bala el objetivo
que se ha propuesto debe alcanzar;
es mejor dispara errando el tiro
para así corregir el objetivo
que es —no nuestro cálculo de tiro—
el que está colocado mal, muy mal".
Ahora que los años dejan brillos,
Jaime, te digo, viejo colegial,
que somos somas porque somos sinos,
que somos signos porque somos más
simas del lodo de nosotros mismos
borrados por la sed de los abismos
mientras el día es todo claridad.